

## CRÓNICA DE UNA MAGNÍFICA EXCURSIÓN ESCOLAR

PARA TODOS LOS QUE EN ELLA TOMARON PARTE

Que hay maestros en España cultos y talentosos, que abundan en bellas ideas, a todos se les alcanza, todos lo saben hasta la saciedad.

Que algunos de esos profesores dignísimos y prestigiosos no pueden hacer cristalizar sus ideas y sus planes por causas que ellos no pueden evitar, a pesar de su recia voluntad para conseguirlo, por conjurarse obstáculos que de ellos no depende el salvar, también se sabe hartamente.

Y que no faltan algunos que, venciendo inconvenientes y saltando por sobre todas las trabas que entorpecen y obstruyen su avanzar pujante, su caminar triunfal, logran, gallarda y audazmente, poner en práctica sus proyectos, concebidos en luminosas horas y con la pretensión de hacer bien, igualmente por nadie se puede negar.

A estos últimos, ¡gloriosos paladines de empresas levantadas, ejecutores de espléndidas acciones que tienen una voluntad de hierro que avasalla y que hacen del «querer es poder» su culto!, pertenece mi nuevo y buen amigo mío, joven y luchador, un sí es o no es temerario e iluso, algo ingenuo en sus concepciones y un tanto inocente en sus deseos, algo utópicos en este siglo egoísta y práctico y prosaico en que vivimos, presidente de la Asociación de Maestros del partido de Ferrol, maestro de Caranza (Filgueira), y que se llama Juan García Niebla.

He aquí el luchador.

Su divisa, el laborar por la cultura de los pueblos. En su estandarte campea el lema que dejó escrito, «querer es poder». Acabo de conocerlo. Me lo presentaron hace pocos días. Em-

pero he adquirido el conocimiento pleno, total, de su carácter y condición temperamental, como si muchos años hiciera que entre nosotros imperase estrecha amistad.

¿Y sabéis por qué?

Tiene García Niebla un alma límpida y clara como un cristal. Él me lo dijo inconscientemente cuando afirmaba con elocuencia, sin comprender acaso el alcance que yo daba a sus palabras y muy lejos de pensar que yo hacía de las mismas una frase lapidaria que de cuerpo entero lo retrata: «Créame usted, el maestro tiene que tener alma de niño.»

Ved aquí todo su *infantilismo*, que puede ser exagerado, que se podrá tildar de excesivo, pero que es, al fin, el motivo poderoso en que estriba el amor del maestro hacia los niños y, reciprocamente, el de éstos para aquél, la única causa — así lo creo yo rotundamente — que establece una profunda cuanto íntima relación entre maestro y discípulos, y viceversa, que es lo que da carácter e imprime simpática nota a la obra soberbia de cultura a que se tiende.

Y dichoso el que está iniciado en la ciencia sabia de poseer siempre un alma joven, eternamente joven.

Y basta ya. Sin darme cuenta corre la pluma trazando líneas, y bien a pesar mío tengo que detenerla, pues todo el espacio será menester para daros ligera cuenta, gustosísimo, de la excursión realizada el domingo 26 del florido mayo, labrando con las notas que fuí adquiriendo durante ella la reseña del acto que para todos los que en él tomaron parte — composición que a ellos dedico — será indeleble, memorable, marcando el día indicado una simpática efemérides en la historia particular de cada uno.

\*  
\*\*

Galantemente invitó el maestro que acabo de presentaros a veinte compañeros suyos, rogándoles que el señalado día acudiesen, alrededor de las once, a San Saturnino, llevando todos, de sus escuelas respectivas, hasta catorce alumnos, para en ese pintoresco lugar darse un abrazo heroico y gigante y durante un día de fiesta admirable fraternizar maestros y alumnos en una comunión espiritual de ideas y de amor.

— ¿Que sí acudieron? — me preguntáis.

Vais a saberlo pronto.

Quedó así sembrada la semilla. Se sueña con el bello fruto que se pretende recoger... esperando el día consabido.

Amanece éste primaveral y hermoso.

Mayo, el mes de las flores y de las luces, de los colores y de los perfumes, es un príncipe apuesto, galano y gentil, que tiene su rostro de Adonis alumbrado por una sonrisa gloriosa y triunfal...

Otro amigo y un servidor, avisados con invitación deferente y especial, tenemos el honor de figurar en la excursión y disfrutar de la fiesta.

El que me acompaña, Jacobo Fernández Vidal, es portador de una máquina fotográfica. Hay que conservar un recuerdo gráfico del acto.

Son las seis y media. Vamos desde Ferrol hacia Filgueira (carretera de Castilla); aquí nos reunimos con el organizador, que nos espera con catorce discípulos. Tres de éstos — todos ostentan lazos a guisa de distintivo — nos salen a recibir al camino. Nos saludamos. Hay alegría y entusiasmos. En marcha.

Fresca y nubosa es la mañana. Así era también cuando hace tres meses fuimos el *amateur* fotográfico y yo al mismo sitio adonde hoy, con distinta finalidad, nos dirigimos.

De ese viaje inolvidable escribí sendas cuartillas, hablando de la excursión y del paisaje, de la fiesta, etc., que allí nos llevaba, larga y muy extensamente.

Todo esto hará que hoy no me detenga a puntualizar las impresiones del pintoresco, soberbio paisaje, ni a apuntar otros detalles. Sólo diré — adelantándome algo — que esta vez el itinerario fué algo distinto. No fuimos por Jubia; pasamos el puente del ferrocarril (en la línea Betanzos-Ferrol), Neda, yendo por atajos, abandonando siempre que pudimos la carretera, y que sin novedad, alegres todos, llegamos a las once al fin de nuestro viaje.

¿Os dije que se fijó como condición indispensable, pedagógica y útil en esta excursión, hacerla a pie? ¡A pie, lectores míos, quince kilómetros!

Además, cada uno conducía su comida en un paquete adrede.

A Neda llegamos a las ocho menos minutos. Aquí se nos

unió el maestro de este riente, delicioso pueblecito, con catorce niños. Dos de éstos salieron a esperarnos al fin del magnífico puente de hierro (1) y nos guiaron a la escuela.

Entramos. Presentaciones. En este templo del saber, el maestro nos enseña una buena colección de aparatos meteorológicos y nos lleva a un pequeño huerto, mostrándonos modernos aparatos necesarios para esos estudios, de los que es muy aficionado (2). Posee un verdadero gabinete.

Y vimos con cierto temor que el baroscopio marcaba tiempo revuelto y el barómetro tendía a bajar.

Pero... ¿quién dijo miedo?

Un niño de Neda porta una bandera, y tras ella nos congregamos para salir. La gente toda del pueblo en los balcones y en la calle.

Para no repetirlo con frecuencia, quede consignado aquí que durante todo el camino, abundancia de curiosos salía a vernos pasar.

En una tienda pude oír: «Hoxe hay moito que ver en San Saturnino. A tarde hay qu'ir alá.»

Poco falta para llegar. Formamos un grupo en una pradera, y el fotógrafo impresiona la primera placa.

Por la carretera íbamos cuando desde ella columbramos una reunión de personas que bajaban un monte y que saludaban dirigiéndose a nosotros. Eran dos *escuelas* que acudían a la cita.

Comenzamos a dar vivas a Narón y Sedes, a España, a la fraternidad escolar, al Rey, al Magisterio...

Un momento indescriptible y emocionante de supremo jú-

(1) Una censura tengo que apuntar, poniendo en ella toda mi indignación y mi franca y enérgica protesta. Una mano criminal, salvaje y alevosa, guiada por el instinto de hacer daño, arrancó, usando de la violencia, varios tablones, poniendo así en peligro la vida de las personas que transitan por dicho puente. Si nosotros llegamos a pasar de noche hubiera ocurrido alguna desgracia. El que tal hizo merecía dar lecciones de salvajismo a los del Rif.

(2) Por cierto que este ilustrado y celoso maestro ofreció —según nos dijo— a un periódico de Ferrol darle diariamente los datos suficientes para una «Sección Meteorológica» necesaria e importante, y el *ilustrado* diario, en vez de, agradecido, acoger tal ofrecimiento, desinteresado y valioso, no lo aceptó.

Así estiman lo bueno y a esa altura estamos de ilustración.

¡Como que es más importante el llenar las columnas con «Ecos de sociedad», «Revistas de toros» y otros asuntos transcendentales por el estilo!

Acaso los redactores no sepan qué es un barómetro, ni hayan visto nunca un pluviómetro. ¡Aunque para hablar de toros...!

bilo. Se oían, amortiguados por la distancia, voces y vivas de los que ya venían por pleno campo, acercándose agitando pañuelos y gorras y alzando los brazos.

Y a nuestra vista despliegan una bandera hasta entonces recogida.

Los niños no cesan en su griterío triunfal.

¡Momentos sublimes, sencillamente!

Y ya teníamos cerca a San Saturnino y una verdadera manifestación que hacia nosotros avanzaba. Resaltan los colores de las sombrillas—el sol no estaba muy claro—y los tonos claros de los trajes de las damas.

Cuatro niños de San Saturnino, sentados en la carretera, se acercaron tímidamente a saludarnos.

Llegan a nosotros los de Sedes y Narón con sus profesores respectivos. Más vivas y más entusiasmo. Aplausos, abrazos. Todos los niños—tocados con sus más nuevos trajecitos—gritaban: «¡Vivan nuestros maestros! ¡Vivan nuestros compañeros! ¡Viva España!»

Y nuestras almas recibían la luz de un mañana nuevo, cultural, progresivo y glorioso...

«¡Vivan los hombres de mañana!», grité emocionado.

A coro los niños alzaban el estrépito de su alegría inmensa, radiante, que se comunicaba a todos los espíritus.

En la entrada del pueblo una multitud formidable: escuelas de niñas y niños de San Saturnino, el pueblo, las autoridades, el alcalde al frente, otras escuelas, las de Somozas, que hacía poco habían llegado de muy lejos..., nosotros en manifestación ya nutridísima...

Un saludo grandioso e hidalgo de compañerismo tuvo lugar entonces. Llegamos al pueblo. Entraban por la parte opuesta a nosotros tres escuelas más, dos de niños y una de niñas, y más y más...

A la Casa Consistorial. Una zambra atronadora, una algazara ruidosa. El recibimiento oficial.

No hay local suficiente. Comienza el acto. Discursos y saludos, lectura de cuartillas por un niño aplicado y simpático, cánticos, el himno a la Bandera... Un homenaje suntuoso.

Y mediaba el acto cuando llega la noticia de la llegada de más escuelas.

¡Quince se juntan! Fructificó la semilla.

Fué un sueño fecundo. El sueño de Faraón cuando se le aparecían siete años ubérrimos, fértiles y abundosos...

\* \* \*

El organizador, satisfecho, arrogante, se acerca a mí. Le felicito por el éxito.

— Creo en usted. Mil enhorabuenas.

Mirando al porvenir, me contesta así:

— Este año vinieron quince; para el próximo vendrán sesenta... Ya lo verá usted.

Y tengo fe en sus palabras, cual si brotasen de los labios infantiles de un oráculo.

Cierro los ojos, y en mi fantasía aparece una bandera magnífica, en que leo la bizarra divisa, que hago mía: «¡Querer es poder!»; la frase elocuente, mágica, única, omnipotente...

Termina la recepción. Y la multitud da vivas y no se cansa de elogiar el acto. Un acontecimiento.

Un abrazo poderoso, fraternal. Una conjunción de voluntades que avasalla.

Cuatrocientos niños, aproximadamente, serán los que se reúnen.

Algunos maestros se acompañan con más de veinte alumnos.

Y vienen sus padres, sus familias con sendas meriendas.

En la plazoleta del ex convento se congrega toda la gente, y después de un rato de comentarios, bienvenidas y conversación, hacia el lugar hermoso que nos han deparado para que en él comamos.

Debido a gestiones de personas entusiastas, el cura, administrador de los duques de la Conquista, concede el campo extenso que es cenador de los mismos.

Y se abren las puertas del palacio que dan acceso a los soberbios campos... La primavera tiende su vistoso ropaje de flores y frutos por jardines y árboles.

Cerca de donde nos acomodamos hay fuentes, macizos de flores y un estanque, donde la linfa plácida y dormida semeja un espejo...

¡Oh, la luz de ensueño pálida y azulina de la luna rielando en la tersa, cerúlea superficie del lago que refleja también la figura gentil y grácil de una duquesa esbelta y linda... tocada

con blanca bata y que deshoja una margarita con los dedos de nardo y marfil!...

Por las avenidas enarenadas del jardín viene más gente.

A la orilla del río, que cantarín corre por entre praderas de un verde luminoso, bordeadas de frondosos árboles, nos sentamos, y comienza la labor indispensable de comer.

Un aspecto hermoso presenta el paraje.

La comida campestre la ameniza, ¡pasmaos!, una orquesta que extiende por aquellos lugares de perfumado ambiente sus poéticos acordes.

Cuatro músicos llegados de Ferrol, llamados por los vecinos de San Saturnino, que son entusiastas y liberales, dan realce a la fiesta, que no lo necesitaba por la brillantez que ya tenía. Esos mismos vecinos comen de campo este día para concedernos el honor de su compañía.

La gente, hasta entonces diseminada por el campo, se levanta, y obtenemos una fotografía que será grandiosa. Los ojos de bellas jóvenes le prestan luminosidad...

Al pie de un eucalipto se agrupa el gentío todo que acude a la fiesta. Todas las miradas convergen en el objetivo.

¿Hacia dónde? Nos tienen preparada una sorpresa. El maestro del pueblo, Lázaro Blanco, un joven lleno de energías y de entusiasmos— permitid que mi pluma deje caer en este lugar de la cuartilla la flor galana de un elogio para este amigo que todo merece... y no creáis que me prodigo —, que debéis catalogar en el tercer grupo de que os hablé al comenzar y al que pertenecen los elegidos que la suerte unge, organizó una función teatral. Es a este maestro modelo al que se debe — lo hago constar defendiendo los fueros de la justicia — casi todo el esplendor de la fiesta.

Los más pequeños alumnos suyos y las niñas discípulas de la maestra del mismo pueblo, animosa también, interpretaron dos comedias.

Llena la sala. Al fondo se alza el escenario, prometiendo solaces distracciones y agradables sensaciones. Los niños que asisten al acto no olvidarán en su vida la deliciosa labor de sus compañeros que en las funciones tomaron parte.

Relativamente a su edad y dificultades—paciencia necesitase para dirigir a actores tan «serios»—su obra ha sido perfecta.

La hermosa hijita del «director de escena» declamó un mo-

nólogo, poniendo en su interpretación mucha gracia y encanto.

¡Un besito, nena! Un abrazo, amigo Blanco. Es usted un héroe.

Y su modestia hilvana unas palabras juzgando la labor de humilde e insignificante.

Así hacen los que verdaderamente valen.

Los aplausos alzaron el triunfo de su música, premiando en la labor de los minúsculos «cómicos» al director de escena.

Al terminar la función, García Niebla en un largo y brioso discurso da cuenta de un hermoso e importante proyecto de Mutualidad escolar, que por todos los concurrentes es acogido con simpatía. Y como su autor tiene el temple de ánimo que ya conocéis, en vano deciros que cuajará en realidad la idea, a pesar de ser atrevida.

Grave delito es dudarlo.

Al salir se le entrega a cada niño un obsequio consistente en una golosina, que todos agradecen mucho.

«No soñábamos con tanto», se dirán.

Nuevamente a la huerta del palacio. Una partida de «ronder» da comienzo. La juegan bajo la dirección de su maestro (juez de campo) los alumnos de la escuela de Caranza. Este es el número postrero del programa.

Rodea a los jugadores numeroso público.

Es la vez primera que veo tal juego. Es curioso, entretenido, pedagógicamente útil, de sano ejercicio. Después de ver dos partidas con avidez, tres jóvenes, acompañados de los niños que ya están prácticos, lo jugamos. Los «rojos» hemos ganado a los «azules». ¡Hip!... ¡hip!... ¡hurra!

La hora de las despedidas, del término de fiesta tan hermosa, de la marcha. La emprendemos a las seis y media.

El desfile de todas las escuelas.

Repítense los vivas. Suenan los aplausos.

El día continúa siendo agradabilísimo. Ni escogido para el festival.

Un día de primavera, ligeramente nublado, excelente, propicio.

El regreso, tan grato como había sido el viaje matinal.

Son más de las diez cuando llegamos a Ferrol.

Y al pensar en el día que hemos pasado, creo con fe, ¡con la fe que transporta las montañas!, en una aurora de cultura, de



engrandecimiento que volverá a brillar para mi querida España... Y pienso que si en toda la Nación se promovieran movimientos, corrientes análogas a las descritas, y comprendiera y se percatase del alcance de las mismas el alma prócer, caballeresca y levantada de mi España, aguardaba otro porvenir más bello, más fecundo, más redentor, más luminoso, más alegre, más tranquilizador a esta tierra heroica e hidalga de la Reconquista, la que alumbró un Nuevo Mundo, la del Dos de Mayo, la que tuvo un *siglo de oro* durante el cual irradió las luces del progreso, de la civilización, a todo el orbe.

ORTIZ.

« Arco Iris. »